CAPÍTULO III

Confusión de ideas filosóficas en las ciencias naturales.—Quatrefages: sus méritos y sus defectos.—La inteligencia humana.—El alma del bruto: la *inteligencia* que se le atribuye.—Quatrefages y Blanchard: contradicción en que incurren.—La facultad de hablar y el sonido articulado.—Lugar del hombre en la Naturaleza.—Diferencias radicales entre el hombre y el animal.—Inteligencia, Religión y Moral.

No hay palabras con que expresar la horrenda confusión de ideas filosóficas que invade el campo de las ciencias naturales (1). De ella no se han librado entendimientos tan sanos y robustos como el del malogrado Quatrefages. Este hombre extraordinario, que con Al-

(1) Para confirmar lo dicho y completar la crítica del capítulo anterior, añadiremos, por vía de nota, los datos siguientes. Todas las consideraciones de Darwin en este punto de la inteligencia animal, á saber: el lenguaje, la reflexión, la piedad, la conciencia y la moralidad del *perro*, el sentimiento estético de la *gallina de la India*, la galantería del *papagayo*, los remordimientos de la *golondrina*, la profunda religiosidad del *mono*..., son noticias de la Historia Natural... de C. Darwin (P. Bonniot).

Romanes (*La inteligencia animal*, trad. de D. Manuel Antón y Ferrándiz, parte primera; Madrid, 1886, páginas 13 y 30, 36, 40 y 43) dice que el instinto envuelve algo de las operaciones mentales: «donde encontramos que una ostra aprovecha la experiencia individual ó tiene aptitud para percibir nuevas relaciones y de conformidad actuar se-

berto Gaudry renovó en Francia los gloriosos días de Cuvier, aunque por caminos diferentes, tiene bien adquirida y sólida fama en el mundo científico, para que nadie se atreva á criticar su augusta memoria, si no tiene para hacerlo poderosísimas razones. Quien haya palpado las á veces insuperables dificultades que presentan al antropólogo la separación, el cruzamiento, la fusión y la formación de las razas, el juicio detallado de los caracteres osteológicos, intelectuales, morales y sociales de las mismas, la distinción clara y neta de sus analogías y diferencias, variantes hasta lo infinito, el destejer lo revuelto y confuso, el dividir lo que parece unido y unir lo que parece divergente para formar grupos étnicos que á manera de las ramas de un árbol nos llevan á conocer el tronco de donde procedieron..., comprenderá algo de lo que significa y representa el nombre de Quatrefages en

gún el resultado de sus percepciones, creo que está menos fuera de uso hablar de su *inteligencia* que de su *razón*»: «el instinto pasa á la categoría de razón por gradaciones imperceptibles»: «hay el más importante paralelo entre las afinidades de estructura y el desarrollo mental». Lo que desea Romanes lo mismo en ésta que en la otra obra titulada *L'évolution mentale chez les animaux* (trad. de Fleury, París, 1884) «es poner fuera de duda que el espíritu de los animales debe ser colocado en la misma categoría que el del hombre».

Ernesto Menault, *L'intelligence des animaux*, París, 1890, repite esas mismas ideas tan comunes en una multitud de obras que tenemos á la vista. No sólo Quatrefages, sino A. Gaudry (*Essai de Paleontologie philosophique*, París, 1896, pág. 139) participa de esa confusión, pues nos habla de «la inteligencia rudimentaria en los tiempos geológicos,

la historia de la Antropología. Él elevó esta ciencia á una altura en que no se la ha visto nunca, y ha merecido el título de «Príncipe de los antropólogos». Fué el más serio y formal, circunspecto, filósofo y observador de cuantos escribieron sobre las razas humanas: acérrimo defensor de la unidad de nuestra especie, pole-

---

que ha ido progresando hasta la época actual» por la escala ascendente de los animales.

Acerca del instinto debemos advertir que Claus le considera como «inconsciente»; Spencer cree que se inicia «por una acción *refleja* en la cual hay conciencia, y concluye por ser voluntario». Wuntd dice que «jamás es voluntario el instinto».

Y así podíamos ir citando otras muchas noticias acerca del asunto. A. Sabatier dice que «el animal tiene, no sólo inteligencia, sino rudimentos de sentido moral y de deber», y que «quién sabe si la luz, el calor, la electricidad no son los primeros delineamientos del espíritu».

Emery y Forel afirman que el progreso humano se debe al lenguaje «porque el lenguaje es la causa de la facultad de abstraer». Wasmann ha disipado recientemente tales desvaríos en su obra *Las formas ergatógenas* (que sin ser hermafroditas, son intermediarias entre macho y hembra), y el P. de Bonniot (*La Bète comparée á l'homme*, segunda edición, París, 1889) resuelve de plano todas estas cuestiones apoyándose en el concepto de unidad y número, en la palabra, en la libertad, etc., etc., y demuestra en lenguaje científico y picaresco que la uniformidad é invariabilidad de las operaciones racionales son términos contradictorios. Los observadores más pacientes de los animales, Lubbock, Forel, Huber, etc., etc., se han equivocado, como lo declara y prueba Enrique Fabre, que es el más perspicaz observador de los entomólogos modernos.

Diremos, para concluir, que los espiritualistas que conceden inteligencia á los animales lo hacen por una lamentable confusión de las facultades intelectuales con las sensitivas.

mista infatigable y espíritu sereno, sin dejar de ser batallador, atacó de frente las exageraciones del darwinismo, concediéndole quizá más de lo que se le debe conceder. Inteligencia muy vasta y de general cultura, penetró con mirada intensa en los lugares más recónditos é inhospitalarios de este mundo, y ha sabido deletrear lo mismo en los restos de las razas fósiles que en los cráneos vivos de las existentes, y nos ha contado la historia de los *pigmeos* descritos por Aristóteles, la mezcla remota de los negritos y los papúas en el Indo y el Himalaya, la vida de los salvajes de la Melanesia y Polinesia, la pastoril de los Todas, los instintos poéticos de los Fineses, el salvajismo y la barbarie de la antigua Europa, y la reciente desaparición de los Tasmanios, víctimas inocentes de la sanguinaria colonización inglesa.

En suma: el autor incomparable de *La unidad de la especie humana,* de la *Introducción al estudio de las razas,* de *Crania ethnica* y de otros cien trabajos que inmortalizan la vida de un hombre, á pesar de su espiritualismo sincero, que le mereció de los filósofos evolucionistas el dictado de «celoso defensor de nuestra dignidad», ha dado pie, inconscientemente, á las tentativas frustradas de los conscientes y «celosos defensores de la dignidad animal». No hay hombre, por extraordinario que parezca, que no tenga sus defectos y caídas; y el honrado y venerable Quatrefages tuvo los suyos, precisamente por el lado por donde flaquean casi todos

los escritores de ciencias naturales: por «haber permanecido siempre y exclusivamente naturalista; por haber considerado como *únicos* guías de la ciencia moderna la experiencia y la observación» (1). Es ya hora de pedir (en vista de innumerables ejemplos) á los Consejos de Instrucción pública que establezcan en el plan de estudios uno preparatorio de sólida Filosofía, como introducción necesaria al de la Historia Natural. Porque la experiencia y la observación sólo proporcionan hechos, y los hechos no son ciencia. Para que la constituyan, son indispensables leyes que los unifiquen, raciocinios que los interpreten, generalizaciones que los sinteticen, y verdades evidentes, intuitivas, que sirvan de apoyo inconmovible á esos raciocinios, y anteriores á toda experiencia y observación. Y no se alcanzan esos principios ó verdades primarias, ni las interpretaciones y los raciocinios pueden ser lógicamente inflexibles y racionales, sin el rigor de una previa disciplina filosófica. De esta manera se evitarían los anatemas terroríficos que lanzan pensadores muy ilustres contra las ciencias experimentales y sus cultivadores entusiastas.

¿Cómo ha de ser «incontestablemente científico» un método que se propone comparar las facultades psíquicas del bruto y del hombre prescindiendo de la propia observación psicológica,

(1) Así lo dijo en el banquete con que le obsequió la Asociación llamada «Ciencia» el 5 de Marzo de 1891.

tan real como la externa y más segura por ser íntima?

No negamos que muchos amantes de la Filosofía pura llegan al extremo contrario, omitiendo con olvido culpable ó con desdén ridículo datos que suministra la realidad externa, punto de partida de la observación experimental. Pero de todo se abusa en este mundo, y no es bueno ni prudente maldecir una ciencia porque con la pluma de alguno de sus cultivadores se haya convertido en fuente inagotable de ideas estrambóticas y de términos bárbaros: nunca han de faltar á las puertas del templo de la sabiduría sofistas y charlatanes.

El fisiólogo ó antropólogo que quiera examinar el origen, la naturaleza, el desenvolvimiento y las manifestaciones de la inteligencia y de los instintos, si no desea exponerse á la repetición de lo que han dicho otros, quizá en mejor forma y con mayor elegancia y brillantez; si no tiene tan exagerado concepto de sus fuerzas intelectuales que se considere *legión,* debe, principalmente en estas cuestiones escabrosas, consultar muchos libros buenos y profundos y meditar sobre lo que encierran sus páginas, para que, iniciado en los misterios psicológicos, pueda ofrecer al mundo algo nuevo y de propia cosecha. ¿Qué histólogo, v. g., emprenderá hoy un estudio micrográfico acerca de los centros nerviosos sin conocer, entre muchos, los estupendos trabajos de Cajal, Kölliker, Van Gehuchten y Golgi? No adivinamos por qué se procede de modo dis-

tinto en los estudios filosóficos. Considerar la Filosofía como estudio inútil ó temible rompecabezas, es un error digno de cualquier materialista adocenado; juzgar que todo hombre por esfuerzo individual puede seguramente elevarse, sin antorcha y sin báculo, á las regiones sublimes de la Metafísica y de las grandes especulaciones, es propio y exclusivo de los pensadores krausistas, que gozan á solas de la intuición infusa del *Yo-Puro:* lanzar blasfemias horrendas contra toda religión *positiva,* y en particular contra la católica, teniendo como preparación única la lectura superficial y vaga de los libros santos y de apologética, ideas budhistas de los misterios, completa ignorancia de los dogmas y de los *motivos* de *credibilidad...* sólo puede caber en el cerebro de cualquier *agnóstico* ó librepensador.

De haber tenido en cuenta las indicaciones precedentes, el ilustre Huxley no hubiera escrito su anticientífica y desvergonzadamente impía *Ciencia y Religión,* obra tan alabada (hace poco tiempo) por la casta de los inhábiles y tontos en estas materias, é indigna de un hombre serio; Romanes no hubiese plagiado con raros neologismos la «composición y división de las sensaciones é ideas» explicadas por los escolásticos; y el inmortal Quatrefages hubiera evitado las acusaciones que se le pueden dirigir desde el tribunal de la Filosofía. Porque, en lo que toca al asunto que tratamos, Quatrefages ha confundido el conocimiento sensitivo de los brutos con aquella

facultad que abstrae lo universal, deduciendo consecuencias particulares; que conoce las verdades independientes de la materia, del tiempo y del espacio, los axiomas ó principios indiscutibles de toda ciencia; que evalúa el fondo de las substancias é inquiere por los efectos el origen y naturaleza de las causas; que parte de la imagen sensible, incapaz de agotar las energías del pensamiento, y se eleva á la región de las ideas-madres y de los conceptos superiores á toda experiencia externa; que «tiene por objeto lo Infinito, por regla la justicia y por duración la inmortalidad».

Quien lea con espíritu imparcial y sereno las obras de Quatrefages y de los partidarios de la inteligencia de los animales, no hallará una prueba de que en las facultades psíquicas de los brutos hay algo que se parezca á la inteligencia humana, la cual, como no está substancialmente adherida al órgano y á la imagen, y el mundo es para ella pequeño, puede volar, en alas de la idea y á impulsos de la libertad que la acompaña, de verdad en verdad, de bien en bien y de progreso en progreso; y volviendo á concentrar su luz en el fondo de nuestro sér, constituye el testimonio más íntimo de nuestra personalidad, la conciencia transparente de nuestros actos, de nuestra responsabilidad moral, de nuestras aspiraciones y deseos, en cierto modo infinitos, que buscan en la verdad y en la belleza de las criaturas y en el encadenamiento de los fenómenos el increado arquetipo de toda belleza y verdad,

la causa de las causas, el primer motor de todos los movimientos, el objeto inefable de nuestra adoración y nuestro culto. En suma: los animales no tienen ideas universales, ni *reflexión,* ni conciencia propiamente dicha, ni libertad, ni idea, ni sentimiento de la belleza, de la moral, de la religión y del progreso. Á Carlos Richet (1), enemigo nada sospechoso de los espiritualistas, no se le ha ocultado la fuerza de estos argumentos; y el mismo Darwin, en *La descendencia del hombre,* reconoce que la investigación de las causas, la potencia moral, la sensación del arrepentimiento y el sentimiento del deber, son caracteres diferenciales del alma humana y animal. El célebre entomólogo de Avignon, Enrique Fabre, después de veinte años de observaciones sobre las costumbres, la vida, los hábitos y los instintos maravillosos de los insectos, concluye que los animales tienen «perfecta estupidez». A esa conclusión llevan «la Filosofía y la observación experimental. No debemos fiarnos fácilmente de los datos que á la ligera citan los transformistas por las necesidades de su causa. He demostrado, dice H. Fabre, que la historia del *scarabœus sacer* (hoy *Ateuchus sacer)* es un cuento. Los transformistas se contentan con muy poco en este género de pruebas.»

Esta es la experiencia y la observación, «guías únicos de la ciencia moderna». Por otra parte, nadie ignora los esfuerzos que hizo en

(1) *Revue des Deux-Mondes*, 1.° de Marzo de 1891.

Londres, en 1889, la escuela materialista por enseñar á contar á una hembra de chimpancé, y todos saben cuáles fueron los resultados. Las sesiones que tuvo Topinard con los *mycetes*, por lecciones de hora, han pasado á la historia de las comedias bufas; y las ideas fetichistas y «el sentido para lo misterioso» que el perspicaz Romanes adivinó en las almas de los brutos, no han tenido mejor suerte.

No es cuestión de palabras, como algunos han creido, la de *conceder* ó no *conceder* inteligencia á los animales. En los filósofos materialistas se conoce la intención, y los espiritualistas, partidarios de la inteligencia animal, no han visto, en nuestro sentir, todo el alcance y la significación de esas concesiones injustificadas y peligrosas (1). Injustificadas: porque basta comparar la inteligencia del hombre, arriba descrita, con los

(1) Parece inverosímil que haya sido objeto de tantos estudios la cuestión presente. Pedro Flourens, y los ilustres hermanos Federico y Jorge Cuvier, niegan á la bestia toda *razón*, pero le conceden cierta *inteligencia* rudimentaria, inconsciente é irreflexiva. Enrique Joly, los PP. Boniot, Carbonelle, Coconnier y Leroy, el abate Hamard, Duilhé de St.-Projet, el Dr. Maisonneuve, y el mismo Padre Monsabré en sus Conferencias de 1888, han hablado acerca de este asunto, con más ó menos acierto: defendiendo unos que «todas las facultades psíquicas del animal proceden del instinto»; afirmando otros (Hamard, Carbonelle, St.-Projet) que existe en el bruto «cierto elemento intelectual, limitado á hechos particulares», reductible, por lo visto, á la *estimativa* misteriosa de los escolásticos. No hay claridad bastante en las ideas, y el mismo M. C. de Kirwan, á quien debemos algunas noticias sobre el asunto, confunde, en nuestro sentir, la fantasía con la imaginación.

actos más sorprendentes del animal, para ver que la diferencia no es «de grados», sino de naturaleza. Quatrefages, que ha escrito las siguientes palabras: «el hombre y el animal piensan y razonan en virtud de una facultad que les es común» (1), no ha dejado prueba alguna de esa proposición, y Blanchard no ha convencido á nadie. Las teorías de estos varones extraordinarios, cuyos nombres son orgullo de la ciencia moderna, ofrecen muchos vacíos que no es fácil llenar. Varios procedimientos han usado para sostenerlas: el primero consiste en investigar los motivos por los cuales niegan los filósofos y teólogos que el animal sea inteligente, y en esto Quatrefages y Blanchard se han equivocado. No es cierto, como creen, que los filósofos nieguen la inteligencia de los animales, porque consideran «el alma humana como un todo indivisible y fuente única de toda facultad y operación» (2). Esta doctrina pudiera caber en la filosofía de Descartes, pero no en la filosofía escolástica, que rompió esa barrera infranqueable entre el alma y el cuerpo, y supo y sabe distinguir de las facultades intelectuales las sensibles, y los puntos de contacto que tienen unas con otras, y lo propio y exclusivo de aquéllas y de éstas. Y tampoco es verdad que discurrieran así, porque, no viendo en los brutos la religiosidad y la moralidad, les negasen la inteligencia, «fundamento de

(1) *L'espèce humaine*, c. I, p. 15, París, 1892.
(2) Quatrefag., ob. cit., p. 14.

la moral y religión». Claro es que no se ha visto ningún animal *religioso* ni responsable (1); pero, de tener inteligencia, evidentemente se admiraría en él algún vestigio de tan nobilísimos atributos, algún signo de progreso y algún remedo del lenguaje articulado. Para desembarazarse de estas dificultades serias, Quatrefages y Blanchard han discurrido, más que sólida, ingeniosamente, estableciendo de un modo gratuito, pero categórico, ya que no son los hombres los que progresan, sino la sociedad; ya que existen inteligencias *estacionarias*, diferenciándose la humana por moverse en muchas direcciones, y la del animal por hacerlo sólo en una dirección; ya, por último, afirmando que la interjección ó voz de los brutos (carácter específico) no se distingue esencialmente de la palabra humana (carácter de raza), causa del progreso en la historia.

Estas afirmaciones, inverosímiles en hombres de tanto valer, envuelven dos consecuencias: la primera consiste en identificar de una manera lastimosa la facultad de hablar con sus efectos externos ó sonidos articulados. Tampoco éstos se hallan en los animales como expresión de una idea encarnada, por decirlo así, en las vibraciones de las ondas sonoras: mas el verdadero distintivo del hombre, el carácter, no solamente de

(1) Sin embargo, C. Richet anuncia que «la creencia en Seres superiores existe probablemente en el perro y el elefante». No podemos comprender, ni adivinar siquiera, cómo lo ha averiguado. C. Richet debía decirlo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

raza, sino específico, es la facultad de hablar (no el aparato de la voz) de «una manera inteligente», que no se ve en los remedos estúpidos que ciertos animales hacen de la palabra humana. Lo único que sabemos, por la Histología y Fisiología modernas, es que esa facultad no la producen ni la apófisis *geni*, ni la tercera circunvolución izquierda, llamada de Broca, ni los sacos subcutáneos de la laringe, como creía Camper. Hay algo más recóndito y misterioso en esa encarnación del pensamiento de la humanidad, en esos sonidos vibradores con que se entienden las almas racionales, y es la fuente de donde proceden, que está más allá de los ventrículos y de las cuerdas vocales inferiores.

La segunda consecuencia importante que se desprende de las palabras de Quatrefages y Blanchard es la manifiesta contradicción en que incurren. Porque si el hombre no se distingue esencialmente del animal por su entendimiento y su lenguaje, se deberá establecer la diferencia en el mayor desarrollo y la estructura más complicada del organismo. No es otra la teoría transformista que Quatrefages y Blanchard han impugnado con argumentos contundentes. La línea divisoria entre el animal y el hombre desaparece, y será forzoso evaluar las facultades psíquicas humanas para las leyes de la escala zoológica.

Y á este punto llegan las concesiones peligrosas. Mientras que para los espiritualistas y materialistas se halla determinado relativamente el

lugar que ocupa el hombre en la Naturaleza, para Quatrefages y Blanchard resulta indeterminado é indeciso. No se ocultó al primero esta dificultad grave, y quiso obviarla, mediante la «religiosidad y moralidad» (1), al establecer sus famosos reinos, un tanto caprichosos, que pueden reducirse fácilmente á los sencillos y profundamente expuestos por los escolásticos y delineados en forma elegantísima por el genio inmortal y creador de Linneo con estas palabras: *lapides, crescunt; vegetabilia crescunt et vivunt;* que Fabra, aplicándolas al hombre, comentó así: *animalia crescunt, vivunt et sentiunt; Homines autem crescunt, vivunt, sentiunt, ratiocinantur, inveniunt et inventa perficiunt.* ¡Frases hermosas que no podrán borrar de la memoria de los pensadores honrados, ni los descubrimientos microscópicos, ni los esfuerzos del materialismo dominante, ni la endeble y falsa ciencia que quiere sustituir esas eternas murallas de los reinos con los tabiques de papel de los cuerpos *cristaloides* y *coloides* y la *resistencia al calor!* (2).

---

(1) En Lactancio se encuentra ya apuntada esa teoría, de la cual participa también M. Constantino James para establecer el «Reino humano».

(2) En *Le Naturaliste* del 15 de Mayo de 1897 publica el Dr. Jousseaume una nueva división de los cuerpos organizados, á saber: 1.°, reino animal, con sistema vital, reproductor y nervioso; 2.°, reino vegetal, con sistema vital y reproductor; 3.°, reino celular, con sistema vital.

Claro es que ningún naturalista aceptará esa división, muy confusa y vaga. Las células también se reproducen, y hay animales que carecen de sistema nervioso.